



Webinar de Triángulos – 13 de abril de 2026

Triángulos y la Conciencia Grupal en la Nueva Era

Janna van Baalen

En esta charla me gustaría desarrollar una idea mencionada en una reflexión anterior. La recordaré brevemente aquí, no con el fin de elaborarla plenamente en este momento, sino porque constituye el trasfondo de la cuestión que deseo plantear esta tarde.

En una reflexión previa sugerí que el poder esencial del triángulo reside en el mantenimiento cuidadoso de la tensión energética entre tres puntos distintos. Cuando esa tensión se sostiene mediante la dedicación, buena voluntad y atención enfocada, puede surgir un reservorio de energía cualificada. Lo que se construye mediante el trabajo de Triángulos puede entonces comprenderse como un potencial activo dentro del cuerpo etérico del planeta, formado conforme a leyes de equilibrio y proporción. Bajo las condiciones adecuadas, tal campo puede establecer un vínculo con una fuente superior de conciencia, de modo que una actividad ordenadora comienza a actuar sobre la conciencia y las Ideas procedentes de un ámbito más abstracto pueden gradualmente salir a la luz.

Esta tarde me gustaría explorar más profundamente este pensamiento, no como una explicación técnica del trabajo de Triángulos, sino como un intento de profundizar nuestra comprensión de su significado esotérico. Una pregunta en particular yace en el corazón de esta reflexión:

¿en qué sentido puede entenderse la red de Triángulos como una forma de trabajo grupal interno?

Para abordar esta cuestión, parece necesario primero reflexionar sobre qué es un grupo, en el sentido esotérico. Pues quizá ésta sea precisamente una de las grandes dificultades de nuestro tiempo. Tendemos a pensar en términos de partes separadas: individuos, organizaciones, funciones, intereses y formas visibles. Pero al hacerlo, fácilmente consideramos la parte como si fuera el todo. Esto se aplica no sólo al ser humano como individuo, sino igualmente a grupos, comunidades e incluso a la humanidad en su conjunto.

Lo mismo ocurre constantemente en el ser humano. Nos identificamos con una parte, con el cuerpo, la vida emocional, la mente o el yo separado, y así perdemos de vista el todo viviente. Sin embargo, el ser humano no es una mera suma de partes, sino un organismo vivo en el cual las partes tienen sentido únicamente dentro del todo del cual forman parte. Quizá podamos decir que lo mismo es cierto para un grupo. En el sentido esotérico, un grupo no es simplemente una reunión de personas, sino que puede comprenderse como una unidad viviente, un organismo con su propia cualidad, su propia coherencia y su propio sentido de propósito.

Esta idea no es fácilmente captada por la mente concreta, pues tendemos a percibir las formas como objetos delimitados. Sin embargo, la idea de un organismo viviente puede ayudarnos a aprender a ver de otra manera. En un organismo, la realidad no reside primordialmente en las partes separadas, sino en la coherencia, la interdependencia y el ordenamiento del todo. Las partes no tienen vida en sí mismas, sino que reciben su significado de su lugar dentro de un orden mayor de relaciones. Y así como el ser humano puede ser considerado una síntesis de espíritu, alma y cuerpo, también podemos asumir que un grupo, e incluso una agrupación de grupos, no es meramente una forma externa, sino una unidad viviente que puede ser animada por un alma.

Al tomar esto en serio, se hace claro que no todo grupo, organización o comunidad corresponde aún a esta imagen. Por lo tanto, debe hacerse una distinción entre grupos externos e internos. Los grupos externos deben su coherencia en gran medida a la organización, el liderazgo, la disciplina o un propósito compartido en el plano físico. Tales grupos pueden ser útiles y necesarios en sí mismos, pero su unidad suele mantenerse desde fuera. Los grupos internos, en cambio, deben su coherencia no principalmente a una estructura externa, sino a una relación más profunda y sutil. El Tibetano afirma que la coherencia externa de tales grupos en el plano físico puede ser relativamente débil, que la conexión más fuerte suele existir en el plano astral, y que la meta es establecer un vínculo consciente en el plano mental.

Esto plantea la cuestión de si, y en qué sentido, la red de Triángulos corresponde a esta idea de trabajo grupal interno. Responder a esta pregunta no es sencillo, pero el Tibetano ha dado una indicación notable que puede servir como hilo conductor. Él afirma que, la medida de conexión en el plano físico entre grupos internos y externos se debe al hecho de que tres miembros del Nuevo Grupo de Servidores del Mundo se han vinculado con un grupo externo, en cuyo caso ese grupo quedará conectado, por un triple hilo de luz dorada, con el Nuevo Grupo de Servidores del Mundo y podrá, en cierta medida, ser utilizado para el verdadero trabajo.

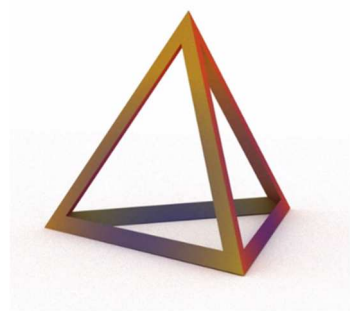
Si consideramos esto atentamente, el pensamiento parece decir más de lo que resulta evidente a primera vista. No solo describe una conexión externa, sino que señala un vínculo mediador. Tres miembros que ya, en cierta medida, participan de un campo más amplio de conciencia, se vinculan con tres miembros concretos en el plano físico. De este modo, surge un hilo viviente, un canal a través del cual algo de un orden y dirección superiores puede fluir hacia un grupo más orientado externamente. Lo que está en juego aquí no es sólo la coherencia, sino la elevación: la posibilidad de que la conciencia sea elevada hacia un campo más inclusivo y abarcante.

Quizá aquí toquemos un aspecto esencial de lo que significa la Ley del Progreso Grupal. Esta ley, que esotéricamente también se denomina la Ley de Elevación, no sólo indica que un grupo en su conjunto puede alcanzar una mayor coherencia, sino también que puede incluir y elevar a aquellos que vienen detrás. Quien haya tocado algo de una conciencia más amplia no permanece separado del todo, sino que se convierte en un punto de enlace dentro de él. La ley del progreso grupal es, por tanto, no sólo una ley de crecimiento, sino también de transmisión, inclusión y servicio. Nos pide, por decirlo así, tomar a nuestro hermano de la mano y ayudarlo a avanzar más allá de lo que podría lograr por sí mismo.

Es precisamente bajo esta luz que la imagen del grupo como un organismo viviente adquiere un significado más profundo. En un organismo viviente, las partes más desarrolladas o especializadas no existen para sí mismas, sino en beneficio del todo. Su función no es la separación, sino la contribución; no la autopreservación, sino la circulación; no elevarse por encima del todo, sino hacer posible una actividad más rica del todo. Quizá lo mismo se aplique aquí. Donde la conciencia, la buena voluntad y la orientación interna están más fuertemente presentes dentro de un grupo, esto no da lugar a una élite, sino a una responsabilidad de servir. La diferencia en conciencia se convierte entonces no en causa de separación, sino en oportunidad de elevación.

Desde esta perspectiva, quizá podamos comprender mejor lo que el trabajo de Triángulos está esencialmente destinado a producir. La red de Triángulos no es entonces meramente una colección de pequeños triángulos esparcidos por el mundo, ni simplemente una sutil red de luz y buena voluntad. Puede ser vista como un ejercicio de conciencia relacional: un ejercicio mediante el cual la conciencia aprende a liberarse de la parte separada y a orientarse hacia el todo mayor viviente. En ese sentido, el trabajo de Triángulos no se orienta principalmente hacia la organización externa, sino hacia la conexión interna y la formación gradual de un campo en el cual pueda emerger la conciencia grupal.

Al comenzar a pensar de este modo, también se vuelve más fácil comprender por qué la imagen del triángulo por sí sola quizá ya no sea enteramente satisfactoria. El triángulo demuestra la relación, la tensión y la circulación de energía en el plano. Pero tan pronto como surge la pregunta de cómo se relacionan la dirección, la síntesis y la elevación con estas relaciones, aparece, por así decirlo, una nueva línea de pensamiento. Entonces surge la imagen de un triángulo que se abre hacia el espacio en dirección a un punto de síntesis: un cuarto punto mediante el cual la relación dentro del plano es asumida en un orden más amplio.



Esta imagen tampoco explica nada en sentido literal. Sin embargo, puede ayudarnos a pensar. Pues en cuanto el triángulo se abre hacia el espacio, aparece una coherencia que ya no se basa únicamente en la tensión entre tres puntos, sino también en un

orden superior en el cual la dirección y la síntesis se tornan activas. Al hacer uso aquí del poder creativo de la imaginación, podemos percibir la analogía con el tetraedro, no como un modelo literal, sino como una imagen que hace visible cómo una multiplicidad de relaciones puede evolucionar hacia la estabilidad y la coherencia sin que todo quede reducido a un solo plano o a un único punto central.

Quizá sea precisamente esto lo que tiene importancia para pensar sobre lo que es la conciencia grupal. Allí donde las partes ya no se comportan como centros separados, sino que se orientan en relación con el todo, surge otra forma de estabilidad. Entonces la descentralización se vuelve posible. Y es precisamente la conciencia descentralizada la que parece ser la condición necesaria para lograr la conciencia grupal. Mientras la parte se considere a sí misma como el todo, el grupo continuará fragmentándose en preocupaciones y centros separados. Pero cuando la parte aprende a comprenderse en relación con el organismo mayor, puede surgir un campo más amplio de conciencia en el cual la coherencia, la dirección y la síntesis no son impuestas desde fuera, sino que se activan desde dentro.

A la luz de esto, la red de Triángulos puede quizá entenderse como algo más que una red dispersa de buena voluntad. Puede ser vista como una estructura preparatoria de relaciones en la cual la humanidad aprende a participar de una mayor unidad viviente. Tal campo no surge únicamente por el esfuerzo humano o la intención idealista. Crece allí donde el impulso ascendente de la humanidad, sostenido por la buena voluntad, la dedicación y la intención enfocada, se encuentra con un impulso espiritual capaz de evocar orden dentro del campo de relaciones. Donde ambos se encuentran, puede emerger una forma de conciencia grupal que no es mecánica, sino orgánica; no impuesta desde fuera, sino animada internamente.

Quizá, entonces, podamos decir que el trabajo de Triángulos es una silenciosa preparación para la restauración de una realización que en gran medida se ha perdido en el mundo: la realización de que la parte no es el todo, y que la vida se revela precisamente en la correcta relación de las partes dentro del todo viviente. Donde estas correctas relaciones son



construidas y sostenidas, la forma puede abrirse a algo que la trasciende. Entonces el triángulo deja de ser meramente un esquema o un método, y puede integrarse en una síntesis viviente. Quizá sea precisamente aquí donde se halle el significado más profundo del trabajo de Triángulos: que ayuda a crear un campo en el cual la conciencia, la relación y la vida puedan encontrarse de tal manera que, dentro del espacio invisible delimitado por cuatro puntos en su relación ordenada, la conciencia grupal pueda emerger y avanzar en su camino hacia el Uno, en Quien Vivimos, Nos Movemos y Tenemos Nuestro Ser.